

Testigos de Cristo Resucitado¹

1. *No se espanten. Buscan a Jesús de Nazaret, el que fue crucificado. No está aquí; ha resucitado (...). Vayan a decirles a sus discípulos y a Pedro: Él irá delante de ustedes a Galilea².*

No es difícil imaginar la sorpresa y emoción de estas buenas mujeres al encontrarse a aquel joven con túnica blanca. Y, según añade san Mateo, poco después al mismo Jesús, que les confirma personalmente el gran acontecimiento³: Cristo vive. Venció definitivamente a la muerte y nos ha salvado para siempre.

Fue una delicadeza del Señor aparecerse aquella mañana en primer lugar a esas mujeres valientes y fieles. Pero el encargo fue bien preciso: ir a Pedro y a los discípulos. Los apóstoles tenían que saberlo inmediatamente. Podemos hacer el intento de recrear un poco este encuentro. Van corriendo al cenáculo, el lugar en el que los más íntimos discípulos se habían ido reuniendo luego de que, tras el prendimiento del Maestro, huyeron y se dispersaron por la ciudad. Están tristes, avergonzados y silenciosos. De repente, se escucha un gran alboroto. Muchos golpes en la puerta y gritos. Cuando consiguen entrar, las mujeres se arrebatan unas a otras la palabra. Apenas pueden articular las frases por la tremenda agitación en que se encuentran: exclamaciones inconexas, muchos gestos y unas cuantas palabras que todas repiten: el sepulcro vacío... unos ángeles... el Maestro vivo... Pedro asombrado se pone de pie, experimenta un fuerte escalofrío que le recorre todo el cuerpo, comprende que algo inaudito ha ocurrido e intenta poner orden en aquel desbordante y gozoso clamor. Es María Magdalena la que al fin se impone a las demás y transmite el mensaje: *Hemos visto al Señor y nos ha dicho estas cosas⁴.*

Pedro corre al sepulcro. Comprueba por sí mismo los hechos y, un poco más tarde, también él se encuentra con el Señor. Así, tras la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, podrá afirmar contundentemente en la plaza de Jerusalén: *Dios resucitó a Jesús y de ello todos nosotros somos testigos⁵.*

2. Han pasado los siglos y ahora somos nosotros los que, por medio de la fe y con la ayuda de la hermosa liturgia de la Iglesia, exclamamos: ha resucitado, está vivo y entre nosotros. *Jesucristo, el mismo que era ayer, también es hoy y por los siglos de los siglos⁶.*

Como alguien atinadamente ha dicho⁷, el predicador en esta noche santa, sobrecogido por el temor y el temblor, se encuentra como un caminante que, después de un largo recorrido por el árido desierto cuaresmal, llega finalmente a lo alto de una colina,

¹ Homilía en la Vigilia Pascual, ciclo B.

² Evangelio, *Marcos* 16, 6-7.

³ Cfr. *Mateo* 28, 10.

⁴ Cfr. *Juan* 20, 18.

⁵ *Hechos* 2, 32.

⁶ *Hebreos* 13, 8.

⁷ R. CANTALAMESSA, *El Misterio Pascual*.

recibe el agradable golpe de una suave brisa y, al alzar la vista, descubre frente a sí un inmenso mar azul turquesa. Ahí está, ante los ojos de la fe, el insondable misterio de Jesucristo, de su amor, de su victoria final.

Ante este acontecimiento, es claro que las palabras resultan insuficientes. El caminante, el predicador, ya no puede avanzar por su propio pie, el mar se lo impide. Solo le queda ponerse de rodillas y contemplar en silencio esa grandeza.

3. Estamos, desde luego, ante un hecho histórico, ante un evento que volcó el curso de la historia de la humanidad. Pero evidentemente eso no es todo. Estamos, principalmente, ante un milagro de la gracia, ante un suceso sobrenatural. Y es lógico que hoy nos preguntemos: ¿qué implicación tiene todo esto en mi vida actual?

En busca de una posible respuesta comenzamos por alzar la vista al firmamento⁸. Y pronto caemos en la cuenta de que en el espacio infinito va dando vueltas un pequeñísimo planeta llamado Tierra. Como un granito de arena en medio del océano. En él, tras la masa de gases de la atmósfera, descubrimos una corteza en la que habitan unos seres insignificantes llamados hombres, que tienen una existencia que apenas dura un suspiro. Parecería lógico concluir que casi no somos nada. Un insignificante puñado de polvo cósmico.

Pero si abrimos el Evangelio y encontramos a Jesús, el Hijo de Dios vivo, *por quien todas las cosas vinieron a la existencia y sin el cual nada empezó de cuanto existe*⁹, y advertimos que somos amados personalmente por Él. Que, por nosotros, Él quiso asumir la condición humana, que se entregó hasta la muerte para salvarnos y, lo más importante, que al tercer día ¡re-su-ci-tó!

Entonces todo cambia. El amor hace la diferencia. Resulta que somos hijos de Dios, buscados personalmente por Él, y, en consecuencia, más valiosos que los espacios cósmicos o que todas las galaxias. Y, como somos hijos en Cristo, somos también herederos, destinados a gozar de su compañía por toda la eternidad. Sí, hermanos míos, esto es lo que esta noche nos recuerda la Pascua. *La noche dichosa en la que se une el cielo con la tierra, lo humano con lo divino (...) la noche en la que Cristo, rotas las cadenas de la muerte, asciende victorioso del abismo*¹⁰. La noche, en definitiva, en que *la luz de Cristo resucitado y glorioso, disipa las tinieblas de nuestro corazón y de nuestro espíritu*¹¹.

4. Una última consideración. Toda esa maravilla se nos aplica a cada uno por medio del bautismo. Por eso la Iglesia nos invita en esta ceremonia, a renovar nuestras promesas bautismales. A ser un poco más conscientes, menos inconscientes, de los bienes que hemos recibido por medio del misterio pascual de nuestro Salvador.

⁸ Cfr. R. GUARDINI, *El Señor, La filantropía de nuestro Dios*.

⁹ Juan 1, 3.

¹⁰ Misal Romano, *Pregón Pascual*.

¹¹ Misal Romano, *Ceremonia del Lucernario*.

Hoy, además, tenemos la alegría de participar en la iniciación cristiana de Ilicia, nuestra radiante catecúmena. Por lo tanto, todos, tanto ella que empieza su vida cristiana, como nosotros que llevamos años de camino, salgamos de aquí, con la disposición de ser, de verdad, testigos de Cristo Resucitado. Que, como las santas mujeres, como Pedro y los apóstoles, vayamos llenos de alegría a recordar a cuantos nos encontremos por el camino de la vida, que somos Hijos de Dios, que estamos llamados al Cielo, que debemos amarnos unos a otros como verdaderos hermanos...

5. Felicitemos a la Virgen Santa por la resurrección de su Hijo Jesús y pidámosle que nos acompañe en el cumplimiento de esta noble tarea.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, 31 de marzo de 2018